

UNIVERSIDAD DE CONCEPCION  
CHILE

---



RESPONSABILIDAD DE  
LA UNIVERSIDAD EN LA HORA  
PRESENTE

CARLOS VON PLESSING B.

1973





UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

---



**RESPONSABILIDAD DE  
LA UNIVERSIDAD EN LA HORA  
PRESENTE**

CARLOS VON PLESSING

---

NOTA: Discorso pronunciado por el Rector en Radio Universidad, el día 5 de mayo.

1973



UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

---



RESPONSABILIDAD DE  
LA UNIVERSIDAD EN LA HORA  
PRESENTE

CARLOS VON BLESSING

---

NOTA: Discurso pronunciado por el Rector en Radio Universidad,  
el día 5 de mayo.





CARLOS VON PLESSING BAENTSCH

RECTOR

Universidad de Concepción







*Con motivo de iniciarse las actividades académicas de nuestro Centro de Enseñanza, he considerado conveniente dirigirme a la comunidad universitaria y, de manera muy especial, a los estudiantes que se incorporan este año a nuestras tareas, con el objeto de reflexionar sobre algunos de los problemas que de manera más profunda constituyen la preocupación fundamental de los chilenos en esta hora y que no sólo son propios de nosotros sino que comunes a la época actual. Y en tal sentido, el propósito que nos asiste es plantear lo que, en nuestro leal y recto entender, debe ser la contribución de las Universidades para superar y afrontar esos problemas.*

*Que estas palabras sean también la expresión de nuestra afectuosa bienvenida a los jóvenes que recién llegan a la Universidad de Concepción.*





sino que es preciso afrontar en el instante mismo en que uno se encuentra. Sin duda que una respuesta urgente puede darse en el momento de un peligro o tormento, puede en un apremio no permitir el largo camino de los problemas que afectan a una sociedad. Los problemas que afectan a una sociedad y a la humanidad en general, a veces una generación a la vez, de sus mejores ideales y a convertir en necesidad el instante y poderlo cumplir que en las épocas convulsivas, cuando el alma de las gentes. Es preciso, por eso, que en medio de la temporalidad, seamos capaces de conservar una serenidad mínima que nos permita comprender la esencia misma de los problemas que nos amuestran o sobrepasan. Y es preciso también que nos demos a la tarea de hacer comprender a otros la hondura del dramatismo en que se está viviendo, porque sólo así se puede evitar que haya grandes números de personas que no logran percibirse de las dificultades que nos circundan y afectan.

## RESPONSABILIDAD DE LA UNIVERSIDAD EN LA HORA PRESENTE

### 1. *El Signo de los tiempos.*

En toda época, cada hombre y cada generación debe tomar conciencia de las circunstancias en que le toca vivir; a veces esta toma de conciencia es más urgente, más imperiosa o más dramática, porque es posible que el hecho de la vida cotidiana misma se haya convertido en precario, peligroso e inseguro. Entonces, este pensar sobre el propio tiempo en que se vive, se transforma en una necesidad que no es posible postergar para un futuro próximo o lejano,



sino que es preciso afrontarla en el instante mismo en que uno se encuentra. Sin duda que una respuesta urgida por las exigencias de un período tan crítico o tormentoso, puede en su apresuramiento no percibir el claro contorno de los problemas que aquejan a una sociedad. Errores de esta especie pueden llevar a toda una generación a la frustración de sus mejores ideales y a convertir en necesidad el inmenso y poderoso empuje que en las épocas convulsionadas tensa el alma de las gentes. Es preciso, por eso, que en medio de la tempestad, seamos capaces de conservar una serenidad mínima, que nos permita aprehender la esencia misma de los problemas que nos amenazan o sobrepasan. Y es preciso, también, que nos demos a la tarea de hacer comprender a otros la hondura del dramatismo en que se está inmerso, porque suele ocurrir que hay grupos numerosos de personas que no logran percatarse de las dificultades que nos circundan y afectan.

Se hace necesario, para poder extraer las conclusiones del caso, que nos hagamos la pregunta sobre cuál es el carácter distintivo de la época que nos toca vivir, que indagemos sobre sus rasgos más sobresalientes, aquellos que le confieren su carácter más significativo, o para emplear una expresión en uso, que indagemos acerca del "signo de los tiempos".

## 2. *La libertad y la justicia social.*

Si esbozamos una mirada en nuestro horizonte así geográfico como histórico, vemos que el problema básico de nuestro mundo, lo constituye el anhelo de justicia social y de libertad humana. Así, ninguna época como la nuestra ha postulado de modo más manifiesto, con mayor energía y esperanzas, estos ideales profundos de la naturaleza del hombre. Sin duda que ellos han estado presentes en todos los tiempos: en el alma del primer esclavo que se rebeló contra su condición abyecta, en el sacrificio de Sócrates y en el martirio del Gólgota. Pero, talvez nunca como en este período de la historia que nos toca vivir y del transcurrido desde hace unos cien años a esta parte.



Mas, ¿cómo construir esa justicia y esa libertad humanas, para que el tránsito de una sociedad a otra no consista —como ha ocurrido por desgracia con tanta frecuencia— en el cambio de una cárcel por otra, o en el de una opresión por otra para continuar en la misma o peor miseria que antes, pero ahora justificadas en nombre de dioses distintos?

¿Será en la entrega a los designios de un poder total y absoluto donde encontrarán los pueblos que se debaten en los horrores de una existencia miserable la solución a sus congojas y esperanzas? ¿Podrá ese poder y los que lo ejercen sin contrapeso alguno, ofrecer y dar las fórmulas adecuadas para otorgar libertad, dignidad y seguridad, sin el apremio constante de la vigilancia policial, de la delación, del fraude y de la mentira? ¿Será capaz ese poder omnímodo de dar la tranquilidad a hombres, mujeres y niños, de no vivir en el temor y en la zozobra de que a cada instante nos pueda ser quitado el pan que se nos da, por el mero hecho de disentir? ¿Estará la redención de estos pueblos en el apostar peligrosamente a un Estado Omnipotente, que en definitiva no es más que un grupo privilegiado que se considera depositario de la verdad absoluta y que, por tal razón, exige a los hombres que renuncien a su libertad y adopten el empleo de medios, a través de los cuales, no se pretende otra cosa que alcanzar el dominio total sobre el alma y el cuerpo?

No lo creemos así, pues como acertadamente lo escribiera el ilustre Montesquieu, una experiencia eterna nos ha enseñado que todo hombre investido de autoridad abusa de ella. No hay poder dice, que no incite al abuso, a la extralimitación ¡Y quién lo diría!: ni la virtud puede ser ilimitada. Por eso pensamos que la comunidad política no puede implicar solamente la centralización del poder, esto es, el ejercicio de una autoridad que cohesiona nada más que por la fuerza a la comunidad, sino que significa, fundamentalmente, la unidad interna del cuerpo social lograda por medio de una cohesión y armonía espirituales, de las que el poder central es sólo su consecuencia e instrumento. Cuando se forma verdaderamente una comu-



nidad política de hombres libres, aquella que permite la posibilidad plena de convivencia, ésta ha sido el resultado de un sabio equilibrio entre las diversas organizaciones a través de las cuales se expresa el hombre, de modo que ninguna o ninguno pueda someter servilmente a sus semejantes. Y ello, porque se ha puesto un límite a la desmesura, al ansia, diríase diabólica, de dominar absolutamente a otros.

El amor al poder, pues, es el peligro principal para la sociedad y la gran tentación tanto del político como del educador; por eso como personas a quienes nos ha sido confiada la delicada tarea de formar a los jóvenes, tenemos el deber de señalar que el hombre a quien se confía la educación, debe cuidar de sus discípulos por lo que ellos mismos son y no únicamente como soldados potenciales de un ejército partidario o como propagandistas de una causa, para ponerlos a su servicio. Del mismo modo como enseñamos a los niños la manera de evitar que sean atropellados por los automóviles, así debemos enseñarles el modo de evitar que sean destruidos por los fanáticos crueles, y con este objeto es preciso que busquemos el modo de producir la independencia mental en los jóvenes, incluso algo escéptica y completamente científica, y preservar en ellos, en todo lo posible, la alegría instintiva de la vida. Esa es la tarea de una educación auténtica que tenga altas metas de realización personal y de bien público: dar el sentimiento del valor de las cosas, que no consiste en su posesión o su precio, ayudar a crear ciudadanos rectos en una comunidad libre y, por medio de la combinación de la ciudadanía con la libertad en la creación individual, capacitar a los hombres libres para dar a la vida humana ese esplendor que algunos pocos hombres han demostrado que se puede alcanzar.

### 3. *El espíritu de rebeldía y el extremismo.*

En mis palabras precedentes les formulo una advertencia para que no permitan que nadie dentro de esta Universidad y fuera de ella, explotando el idealismo y la legítima rebeldía que anida en vuestros corazones, pueda



llegar a convertirlos en voceros y ejecutores del odio y la violencia y, consiguientemente, en enemigos de la libertad y la dignidad humanas.

Es evidente que el espíritu de rebeldía, de rechazo, frente a formas de existencia que han devenido en caducas y que son contrarias a la libertad y a la justicia, es no sólo lícito sino que necesario y fundamental para el progreso del género humano. Albert Camus, en una de sus obras inolvidables, expresaba que la rebelión era el movimiento mismo de la vida y que no se la podía negar sin renunciar a vivir, que era amor y fecundidad o no era nada. “La revolución sin honor —agregaba—, la revolución del cálculo que, prefiriendo un hombre abstracto al hombre de carne, niega al ser humano todas las veces que es necesario, pone justamente al resentimiento en lugar del amor. Tan pronto como la rebelión, olvidando sus orígenes generosos, se deja contaminar por el resentimiento, niega la vida, corre a la destrucción y hace que se levante la cohorte burlesca de esos pequeños rebeldes, simiente de esclavos, que terminan ofreciéndose en todos los mercados a cualquier servidumbre. No es ya rebelión ni revolución, sino rencor y tiranía. Entonces, cuando la revolución en nombre del poder y de la historia, se convierte en ese mecanismo mortífero y desmesurado, se hace sagrada una nueva rebelión en nombre de la medida y de la vida”.

Es presumible admitir, y es explicable, que ustedes deseen conformar el mundo, la sociedad en que viven, con sujeción a vuestra propia experiencia y, en consecuencia, que desdeñen o no valoren en su justa medida otras experiencias de generaciones pasadas. Es explicable, decimos, porque cada generación quiere ser nueva, ser original; siente que tiene que decir algo que no se ha dicho todavía y contradecir lo que ya se ha dicho. Si no fuera así, la vida nos parecería sin objeto y la historia carecería de dinamismo. Pero no es fácil ser original. Muchos hay que se creen originales únicamente porque son ignorantes. Así, sin quererlo, descubren a menudo lo que ya ha sido descubierto, inventan lo que ya ha sido inventado e intentan



lo que ya se ha intentado, repitiendo con ello viejos errores y empresas perennemente fracasadas.

Hay también quienes buscan la originalidad en el extremismo, pero el extremista, como dijo Ortega y Gasset, es un "falsificador de nacimiento" que pretende hacer pasar la exageración como creación e innovación. Y la exageración subrayó Ortega, "es lo contrario de creación, es la definición de la inercia. Los inmoderados son siempre los inertes de su época. El hombre que crea . . . conoce los límites de la verdad original y, por esta misma razón, está alerta, listo para abandonarla en el momento en que comience a convertirse en falsedad". El extremista, en vez de proceder así, vive robando las ideas de los demás y presentándolas ya deformadas, como una innovación. Así, su originalidad consiste principalmente en hacer ruido, en usar palabras infladas: un vocabulario inmoderado, y las más de las veces, soez, cuyas repercusiones, como el mismo extremista descubre demasiado tarde, han ido realmente más allá de sus intenciones.

#### 4. *Las pseudo intelectualidades.*

Hago estas observaciones porque la facilidad y frecuencia con que el diletantismo político fluye hacia el extremismo y se suma a sus fuerzas, ha sido, durante un período considerable de la reciente historia intelectual, bastante notable. La imagen del intelectual revolucionario, del intelectual en rebelión que se une a las filas de la "intelligentsia", es relativamente nueva, pues estas intelectualidades no pueden ciertamente compararse con los serios intelectuales de nuestro tiempo que han hecho posible el progreso científico o rendido devoción a la condición humana a través del arte, o con los enciclopedistas, los amistosos filósofos de la Era de la Ilustración, cuya misión era ilustrar por medio de la difusión del conocimiento. Cosa enteramente distinta, pues, de la actitud de las intelectualidades que nacen del anhelo de historicidad de la izquierda hegeliana, cuyo impulso es arrojarse de cabeza a la acción porque tienen que ser "históricas a toda costa", signifi-



cando con ello que hay que estar siempre a la par del futuro, en la pleamar del tiempo, que se debe anticipar con frenesí la marcha de la historia. De escucharlos se creería que es necesario "actuar", sólo actuar, siempre actuar. En efecto, la suya no es tanto una acción espasmódica como una verba espasmódica, hecha de palabras que están fuera de control. Así, durante alrededor de un siglo hemos exagerado el exagerar. Necesitamos, pues, con apremio hacernos cargo de la situación y creo que ha llegado el momento de ponernos a meditar.

Ciertamente, debemos avanzar y no permanecer inmóviles, o lo que es peor, retroceder. Pero ¿con respecto a qué punto de referencia debemos "avanzar" o "retroceder"? La historia es como el mito de Sísifo. Cada generación tiene que empezar de nuevo. Ninguno de nosotros nace civilizado; nuestro verdadero certificado de nacimiento debería estar fechado en el año cero. Nuestra madurez histórica de hombres de "nuestros tiempos" tiene siempre que ser reconquistada, y cada vez tenemos que recorrer una mayor distancia. Como Sísifo, pues, condenado por los dioses a rodar eternamente una roca hacia la cima de una montaña, el hombre en cada época, y cada uno de nosotros en el curso de su propia vida, debe desde el abismo de las mayores dificultades buscar y moldear su propio destino en una afanosa y dramática marcha hacia lo alto. Esa es nuestra tragedia y también nuestra grandeza; pero, como dice Camus: "el esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre".

##### 5. *La Universidad y el signo de nuestros tiempos.*

Reflexionemos, entonces, sobre la problemática a que nos referíamos al comienzo de nuestra intervención y que definíamos como el signo de los tiempos, para ver cual podría ser el camino a seguir, a objeto de proveer los grandes anhelos humanos que señalábamos.

Decíamos que el signo de nuestro tiempo lo constituía la lucha y el afán por lograr mejores condiciones de existencia, en el ansia de construir una sociedad verda-



deramente humana, en donde se garantizara plenamente la justicia y la libertad. Expresábamos que sin duda esta lucha había existido siempre, pero que, talvez, nunca como ahora, había sido tan categórica y estuviera planteada en todos los ámbitos y de manera importante y principal en la propia Universidad, a la cual se le exige su aporte, su contribución valiosa.

Veamos, entonces, cómo la Universidad puede prestar esta colaboración que se le pide.

Es una verdad muy evidente que los países deben ser soberanos e independientes para estar en condiciones de dar a sus pueblos una existencia que libere a las grandes masas del sufrimiento atroz de la miseria y de la tiranía.

Las luchas por la liberación nacional son necesarias, y ello, no sólo por un motivo de necesidad moral, por un imperativo ético, sino que, también, por una causa de naturaleza económica, puesto que el crecimiento económico no es nunca un fenómeno que venga desde fuera, sino que algo que se produce desde dentro del propio cuerpo social; es necesario dejar en libertad a las energías creadoras del pueblo para que así pueda construir y edificar.

Pero, la liberación nacional por sí sola no tiene la virtud mágica de hacer florecer los campos, de multiplicar las mieses, de poblar las campiñas con rebaños y de levantar industrias, o de desentrañar los misterios profundos de la naturaleza, para convertirla, por medio de la ciencia y la tecnología, en servidora del hombre.

Ninguna liberación de opresores externos como internos, puede producir liberación real y hacer de ésta una herramienta del pueblo para entregarle prosperidad, sentido del propio destino y orgullo de la dignidad realizada, si no conquista las fuerzas de la naturaleza, si no es capaz de hacer transformaciones que redunden en beneficios y crecimiento económico. Sin duda que el crecimiento económico no es la panacea para solucionar todos los problemas humanos, pero es una parte importante. Ante la fenomenal explosión demográfica de nuestra época, el desarrollo económico es una alternativa de vida o de muerte. Ello es válido para Asia, Africa y Latinoamérica, dentro



del mundo subdesarrollado. Si no se crece económicamente, ¿cómo vamos a emplear a los miles de estudiantes que egresan de la enseñanza media, de la educación profesional y universitaria, o las personas que simplemente se encuentran sin trabajo y que necesitan angustiosamente desempeñar alguna actividad para ganarse el sustento? ¿Con palabras? ¿Con fórmulas cadavéricas que tuvieron vigencia hace cien años? ¿Con consignas torpes y primitivas? ¿Destruyendo el talento, persiguiendo a los hombres y mujeres que por su experiencia y su saber reúnen las condiciones como para hacer bien las cosas? ¿Con campañas que fomenten el odio y el desprestigio de las personas? Sin duda que no.

Como muy bien lo dice el escritor de la izquierda francesa, Francois Revel, algunos dirigentes políticos del Africa Negra están cayendo en la cuenta de que los más graves problemas referentes al subdesarrollo que los afligen, tienen su raíz profunda en el hecho de que aquellos pueblos permanecen en la prehistoria de la cultura. Y fueron colonizados, precisamente, porque estaban en la prehistoria, y serán colonizados nuevamente por otras potencias si no salen de esa etapa y construyen desde dentro de ellos mismos, un mundo industrial y agrícola, con un sólido basamento en la ciencia y en la tecnología del siglo XX.

¿Por qué? Por una razón muy simple y profunda: todas las industrias básicas del desarrollo económico, incluyendo de manera muy especial a la actividad agrícola y recalco esto, porque por desgracia se olvida, están cimentadas en una alta y compleja tecnología que día a día se acrecienta más. Si no se dominan cabalmente los conocimientos científicos propiamente tales, y aquellos que dicen relación con las ciencias que versan sobre la administración y planificación racional de los recursos de la comunidad, sencillamente no hay desarrollo económico y sin éste, no hay pan, no hay artículos esenciales para la vida, no hay empleos, no hay viviendas, no hay hospitales y no hay escuelas. Tan simple y dramático como eso.

Este hecho de tan relevante significado, distingue de manera total y absoluta a nuestra época de otras que le



precedieron y plantea un género de problemas que nuestros antecesores no conocieron. Los conocimientos que se impartían en las universidades medievales, e incluso hasta hace unos cien años en los centros de altos estudios, no estaban destinados a ser aplicados en el campo de la economía. La enseñanza no estaba enfocada hacia las actividades productoras; ya fuera la formación de un abogado, de un médico, etc., el conocimiento estaba orientado a otros fines, distintos que el trabajo. Tenía por objeto, así lo entendían nuestros antepasados, "lograr el perfeccionamiento moral y espiritual del hombre".

La actividad económica no se encontraba, pues, fundada en el conocimiento científico, sino que en la habilidad para hacer algo, ya fuera esto sembrar, construir casas o hacer caminos; habilidad adquirida durante largos años y transmitida de generación en generación. El descubrimiento de la habilidad ocurrió hace unos 7 mil años y tuvo una importancia fundamental en el desarrollo del género humano.

Como dice Peter F. Drucker, "Las habilidades crearon la división del trabajo, y, por ende, hicieron posible la función económica. En el año 2000 A.C. poco más o menos, nuestros antepasados de las civilizaciones de riego del Mediterráneo Oriental habían desarrollado cada una de las instituciones sociales, políticas y económicas, básicas de la sociedad, cada una de nuestras ocupaciones y la mayor parte de las herramientas que el hombre tenía a su disposición hasta hace unos doscientos años. El descubrimiento de la habilidad creó la civilización".

Pero a partir de principios de este siglo y, principalmente, después de la Segunda Guerra Mundial, el proceso de funcionamiento de las industrias básicas para la vida del hombre entra a depender no ya de la habilidad, sino que del conocimiento. Es la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas las que dan la pauta para todos los procesos de la industria y de la agricultura y, para qué decir, en lo relativo a los campos de la salud y la medicina, donde ocurre también un avance portentoso.



Esta circunstancia ha ocasionado una profunda transformación. El proceso económico, para volverse más productivo y eficiente, necesita, por sobre todo, inversión en materia de conocimiento. Ya no es como antes, la mera posesión de materias primas y de capitales, el requisito para la expansión y el crecimiento; es la ciencia, ahora, la que determina el grado de evolución, de progreso, de una determinada actividad económica, la baja de sus costos, la mejoría de su calidad y, lo que es básicamente importante, también, la condición del trabajador, que pasa a convertirse en obrero especializado, en algunos casos, o en trabajador de conocimientos, en otros.

Mientras la especie humana estuvo reducida a dimensiones que eran pequeños grupos, si los comparamos con las grandes multitudes que hoy pueblan la tierra, la habilidad, como instrumento de trabajo, pudo satisfacer de manera más o menos relativa las exigencias de las personas, que, por lo demás, eran particularmente modestas, pues en las grandes masas humanas existía un profundo conformismo que les hacía ver como natural alimentarse, vestir y vivir en forma miserable, contentándose con lo mínimo. Pero ahora, como dice un investigador, "once niños llegan al mundo mientras usted lee esta frase a una velocidad normal. En el mismo lapso cinco habrán muerto. Esa diferencia de seis entre los que nacen y los que mueren es la vida que mata, el mayor peligro que amenaza a la humanidad desde su origen; el exceso de población". "La población mundial aumenta a razón de dos personas por segundo y casi ocho mil por hora. Dentro de un año compartiremos nuestro planeta con setenta millones de nuevos seres humanos, un número muy superior al de la población de la República Federal de Alemania".

Es pues dramáticamente necesario producir más y a un costo menor, para una población que aumenta de manera incesante y casi en forma increíble y que, además, posee esperanzas de una vida mejor, como jamás los hombres del pasado las tuvieron.

Por otra parte, las materias primas tradicionales ya no bastan para satisfacer las exigencias crecientes de un



mundo en expansión, y que se hace cada vez más complejo. Y ha nacido, por eso, en los países altamente industrializados, lo que se ha denominado "Industrias de Materiales", es decir, de elementos que se fabrican en los laboratorios y que se elaboran a partir de complicados procesos científicos. Se están fabricando metales que poseen características y propiedades que el hombre, según sus deseos, les ha conferido, para utilizarlos en determinados fines. Está ocurriendo el hecho insólito de que ya no se sale a buscar, a excavar en demanda de determinadas materias primas, sino que simplemente se fabrican de acuerdo con las necesidades y con la imaginación de los científicos.

Y en este portentoso proceso de crecimiento y de desarrollo, son los hombres de ciencia y los trabajadores con conocimientos científicos los llamados a jugar un rol relevante en la naciente industria y en las antiguas que se perfeccionan más y más en sus procedimientos de trabajo.

¿Qué ha ocurrido? Ha acontecido que de pronto, la inteligencia humana se transforma en el factor determinante para el progreso y el bienestar de los pueblos. Son los factores de investigación científica, de imaginación, de espíritu creador, de enseñanza y de formación adecuada, los elementos primordiales del crecimiento.

Y en este proceso vertiginoso y apasionante, por primera vez en la historia humana, las Universidades pasan a convertirse en los elementos decisivos del progreso y del bienestar social.

Por eso hoy en día, ellas son la clave de la ciencia y la tecnología, para que los músculos sociales y económicos de la nación puedan funcionar.

Ahí está su misión trascendental en esta hora, caracterizada por este signo de los tiempos de la búsqueda de la justicia y la libertad, apoyados en sólidos cimientos materiales. Porque si la Universidad renuncia o es remisa a enseñar la ciencia y el conocimiento ¿dónde va a encontrarlos el joven y la comunidad que necesitan de esta ciencia y de este conocimiento para afrontar los más dramáticos desafíos y problemas de la época?



## 6. *La Universidad y el espíritu.*

Pero, además, la misión de la Universidad no se agota en la dación de conocimientos científicos y tecnológicos. La vida es una totalidad y una parte esencial y primera del hombre converge hacia el arte.

En el arte se expresa la esencia permanente del hombre: la inmortalidad de su espíritu, su emergencia desde las tinieblas animales, hasta convertirse en el ser racional y afectivo que es, dejando en sus obras la huella de sus conflictos y sufrimientos.

En la música, en la danza, en las pinceladas que forman las imágenes de un cuadro, en la escultura, en la poesía y en la literatura, el hombre coge pedazos, fragmentos de lo absoluto, sacia sus ansias de inmortalidad y transforma en vida eterna lo perecedero. El gesto inmovilizado en el tiempo, para siempre, en una escultura, pertenece a la eternidad y no perecerá jamás. Y desde el arte resucitan las culturas del pasado y nos envían su mensaje, su ansia de eternidad, a través de eso que alguien llamó "las voces del silencio".

En pocas actividades humanas vibra, asimismo, el indomable espíritu de la libertad humana como en el arte. Por eso es que todos los tiranos, de todos los tiempos y lugares, han tratado siempre de aherrojar el arte y de esclavizar al artista. No pueden aceptar su mensaje de absoluto y su afán de libertad para poder crear. Para quienes el único absoluto es el poder que ellos representan y la adoración de sus propias personas, el arte y el artista son enemigos peligrosos.

Tarea por eso, también, de la Universidad, es el fomento y difusión del arte universal. Y, asimismo, de manera muy fundamental, la formación filosófica de los jóvenes, a través de la cual cultiva el hombre una permanente vigilancia sobre sí mismo y el mundo que lo rodea, librándolo de perpetuar errores o de aceptar conductas precipitadas, y con la cual, empinándose sobre sus múltiples limitaciones, intenta construir una visión coherente de la realidad que permita dar sentido y valor a su existencia.



El prestigio de las instituciones se cimenta en la función que les compete por naturaleza. Si abdican o son remisas a su misión, pierden la razón moral y substancial que las legitima dentro de la sociedad y, naturalmente, se transforman en otra cosa, aunque conserven el nombre —de Universidad— en este caso.

En el seno de nuestra comunidad no hay otra institución o corporación de derecho público o privado que pueda reemplazar a la Universidad en su quehacer.

Ardua y tremenda labor, de la cual depende y dependerá el futuro e incluso la existencia misma de millones de personas, aquí en nuestro país como en aquellos en los cuales la función de la Universidad es fundamental para superar los problemas del subdesarrollo y el coloniaje mental.

Quienes pretenden transformar los centros de altos estudios en otra cosa, vulneran la función de la Universidad y la empeñan en una tarea que le es ajena. Y, asimismo, la dislocan de su centro quienes pretenden rebajar su nivel, hacerlo mínimo, reducir el máximo sus exigencias académicas, tras una pretendida democratización, que no es tal sino un error monstruoso o una confabulación tenebrosa contra la ciencia y la cultura, para establecer sobre la mediocridad y el oscurantismo el peso de la tiranía. Se insulta a la clase obrera cuando se pretende que para que ella tenga acceso a la cultura sea necesario reducir ésta a niveles pueriles, porque el talento no reconoce clases sociales y entre el proletariado se encuentra por igual que en otros sectores o en mayor grado incluso.

La tarea de la Universidad es hacer de cada persona un creador que sea capaz de convertir sus latencias en obras de beneficio social. El creador emplea su esfuerzo para dominar a la naturaleza y ponerla al servicio de lo humano; el zángano, el improductivo, pretende, y lo ha hecho siempre a través de la historia, dominar a sus semejantes para transformarlos en esclavos; en su esterilidad para crear, se contenta con el goce maquiavélico del poder y del dominio absoluto sobre hombres, mujeres y niños.



Dura tarea está en nuestras manos y en las de ustedes, de manera muy especial.

En las de ustedes, he dicho, no sólo por las cualidades y potencialidades inmensas que posee la juventud, sino porque en definitiva, el mayor esfuerzo debe provenir de ustedes mismos. Como dice Lecomte Du Noüy: “La única meta del hombre debería ser el logro de la dignidad humana con todas sus implicaciones”. “Todas las facilidades que la sociedad pone a su disposición —Escuelas, Universidades, Bibliotecas, Laboratorios— todas las ocasiones que se le presentan al hombre para desarrollar sus aptitudes, su trabajo, su descanso, debe considerarlas como instrumentos destinados a mejorar su personalidad y su ser moral y a hacerlo progresar. Comete un error si ve en la educación y en la instrucción los medios para aumentar el campo de su actividad intelectual, su poder o su prestigio, o como un medio para enriquecerse materialmente . . . La instrucción es estéril si se la considera un fin en sí misma, peligrosa si está subordinada a sentimientos egoístas o a los intereses de un grupo. La acumulación del conocimiento, por considerable que sea, no confiere ninguna superioridad al hombre si la utiliza sólo en lo exterior y si llega al fin de su vida sin haber evolucionado profundamente como elemento responsable de la humanidad . . . Todos los hombres deben librar su propia lucha, sin la cual no pueden progresar. No hay ningún atajo que lleve a la verdad . . . Trabajando para perfeccionarse, para erigir un templo interior, juzgándose a sí mismo sin complacencia, el hombre inconscientemente da forma a un alma que rebosa y se extiende a su alrededor ansiosa de difundirse en las otras almas. Buscándose a sí mismo encuentra a su hermano. Para progresar debe luchar consigo mismo; si se conoce realmente aprenderá a tener indulgencia y las barreras que lo separan de sus vecinos se desmoronarán poco a poco. No hay otro camino hacia la solidaridad humana que la búsqueda y el respeto de la dignidad individual”.

CARLOS VON PLESSING B.  
R E C T O R











UTE-EC-TOX-IMP-0200

---

EDICION PREPARADA POR LA OFICINA DE RELACIONES PUBLICAS.

---